

Tercera República

José Antonio Suárez



Título original: *Tercera República*  
Primera edición

© Jose Antonio Suárez, 2010

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-574-5 Depósito Legal: B-5999-2010

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

Luis Duarte salió a la escalinata del palacio de la Zarzuela para recibir al presidente del Gobierno. Aunque aquella sería una reunión sin periodistas, a Duarte le gustaba guardar el protocolo incluso con sus colaboradores de confianza. Maeso, el nuevo inquilino de la Moncloa, había accedido al cargo tras una dura pugna en el seno del Partido Socialista. Ledesma, el secretario general, presionó hasta el último momento para que fuese Reig el elegido, pero Duarte hizo prevalecer su criterio y, de forma conciliadora, transigió para que Reig ocupase la cartera de Interior en el Ejecutivo. Un nombramiento que el presidente Maeso había aceptado con desagrado, porque coartaba su autonomía para elegir a los miembros del gabinete. Pero Julián Maeso era consciente de que debía su cargo a Duarte, y que en la República, el jefe del Estado no se limitaba a ostentar un poder simbólico, como en la monarquía.

Duarte, además, no era de los dirigentes a quienes gustaba delegar el ejercicio del poder.

El vehículo oficial de Maeso aparcó en el patio. Había empezado a llover y un asistente abrió un paraguas para proteger al presidente del Gobierno, pero este lo rechazó y subió la escalinata del palacio. Era un individuo rechoncho, amante de la buena mesa; lucía una incipiente calvicie y un bigotito que sus asesores de imagen le habían

rogado que se quitara. A Maeso aquellos detalles le importaban un comino, y aún vestiría su vieja chaqueta con coderas si no se le hubiera roto el invierno pasado.

—Deberías pensar en trasladar tus oficinas a Madrid, Luis —le dijo, estrechando la mano—. Salir de la capital a estas horas es un infierno.

—La Zarzuela es un símbolo —dijo Duarte con una sonrisa—. Que ahora pertenece a la República. Esta es la sede natural de la jefatura del Estado.

—Como tú quieras —bufó Maeso, sacando un cigarrillo.

—No está permitido fumar en el recinto —dijo Duarte.

Maeso encendió el pitillo y aspiró una bocanada de humo, desafiante.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la Guardia Civil?

—El detector de humos de palacio es muy sensible. Te advierto que puedes mojarte si no andas con cuidado.

—Bueno, nos mojaremos los dos. —Maeso se encogió de hombros—. Seguro que en tu amplio guardarropa tienes algún traje seco que prestarme.

—Sí, pero dudo que sean de tu talla. —Duarte le hizo pasar al salón de reuniones y le alcanzó un pesado cenicero de cristal de roca, escondido en un aparador.

—Gracias. —Maeso se arrellanó en el sofá, secándose el sudor de la frente—. ¿No vas a sacar algo de picar? Esta mañana he estado muy ajetreado.

—De hecho, voy a invitarte a comer. —Duarte consultó su reloj—. Solo falta una hora.

—En una hora puedo estar muerto por una bajada de azúcar. Necesito tomar algo ya.

Duarte solicitó por el circuito interior que preparasen un aperitivo.

—He oído que el cocinero Ariztegui trabaja para ti —recordó Maeso—. Sirvió antes para el lendakari, ¿no?

—Le hice una oferta que no pudo rechazar —bromeó Duarte.

—Pues en Vitoria le pagaban muy bien. ¿Cuánto le ofreciste para que viniese a la Zarzuela?

—Ariztegui se queda conmigo. Privilegios del presidente de la República.

—No me parece ético entrar en una puja para arrebatártelo. —Maeso abrió su maletín y sacó un fajo de documentos—. Es evidente que su sueldo no sale ni de tu bolsillo ni del mío.

—Julián, deja de gruñir y vamos al grano. ¿Qué más se sabe sobre la financiación de Poble Català?

Maeso hizo una mueca al oír el nombre del bloque separatista, y buscó entre sus carpetas hasta encontrar el documento que necesitaba. La coalición de partidos de izquierda catalanes había sido creada hacía tres años, constituyéndose en la segunda fuerza política de Cataluña. Los informes de inteligencia apuntaban a conexiones con los servicios secretos franceses, pero nuevos datos cuestionaban esta línea de investigación.

—Me lo han dado hoy mismo. —Le entregó una copia—. La pista del agente de Perpiñán era un cebo para despistarnos. Francia no ha ingresado un solo euro en las arcas de los separatistas, y sospecho que el dinero tampoco procede de los catalanes franceses del Rosellón. Quien financia a Poble Català se ha tomado muchas molestias para borrar su rastro. Luis, esto tiene mala pinta.

—¿Por qué? El independentismo catalán ya existía antes de la República.

—Pero este dinero les ha llegado en el momento más inconveniente para nosotros. Piénsalo bien; lo que sucede en Ceuta y Melilla guarda conexión con lo que ocurre en Cataluña y Euskadi.

—Ceuta y Melilla son problemas que siempre han estado ahí, Julián, pero ningún gobierno hasta ahora se ha atrevido a abordarlos. Es una hipocresía que exijamos a Gran Bretaña la devolución de Gibraltar, y sigamos manteniendo colonias en Marruecos.

—No son colonias. Esas ciudades eran españolas antes de que Marruecos existiese.

Duarte lo contempló fijamente, evidenciando que no le gustaba que recitase en voz alta los argumentos de la derecha.

—Nuestra joven República debe afrontar estos problemas con decisión. Ya existían antes de que llegásemos al gobierno —repitió, como si con una vez no bastase—, y nuestra obligación es darles solución. Hay falta de comunicación con los ciudadanos para explicar

nuestra idea de Estado federal asimétrico, pero espero que con el debate en las Cortes de la próxima semana y la campaña en la televisión, el electorado comprenda nuestras intenciones.

—Nadie sabe a qué conduce ese Estado asimétrico que tú y Ledesma os habéis inventado—dijo Maeso—. ¿Cómo voy a defender en el Parlamento un proyecto en el que no creo?

—Yo lo defenderé.

—Esto es una locura, Luis. ¿De verdad piensas que los nacionalistas se contentarán con el pacto de Olot? Ellos no quieren un régimen confederal para Cataluña y Euskadi. Quieren la independencia, y los referendos convocados no son el final del conflicto, sino el siguiente paso hacia la secesión.

—La República es lo bastante flexible para acoger en su seno a todos los pueblos ibéricos. La libertad de elección de...

—A veces me pregunto por qué me nombraste presidente del Gobierno.

Un asistente entró en el salón con una bandeja de canapés y bebidas, depositándola en una mesa frente al hambriento Maeso. Este ni siquiera la miró.

—¿Quieres saberlo?—dijo Duarte.

—Sí.

—Necesito cohesión en el Partido Socialista, y tú eres la persona idónea para mantener la estabilidad dentro del comité federal. Nombrar presidente de Gobierno al candidato de Ledesma habría encrespado el ambiente.

—Aún no perdonas a Sajardo por lo que hizo.

—Esta reunión no es para hablar de Sajardo.

—Pero quizá su salida del partido sea la causa de que yo esté ahora aquí. Él era tu mano derecha. Hasta que te la mordió.

—¿No teníamos que discutir otros informes del CNI?—le recordó Duarte.

Maeso asintió, sombrío, y volvió a abrir su maletín. Las ideas de Duarte acerca de la organización territorial de la República habían despertado recelos en núcleos del estamento castrense, avivados por las declaraciones incendiarias de Alejandro Zamora, líder del partido Unidad Nacional. El CNI seguía desde hacía meses los movimientos de

una veintena de militares, interviniendo sus comunicaciones. Las pruebas no valdrían ante un tribunal, porque en la mayoría de las ocasiones habían sido obtenidas de forma ilegal, pero habrían bastado para que el Gobierno tomase medidas preventivas contra los conspiradores.

El problema era que no había datos concluyentes, y eso preocupaba mucho tanto a Maeso como a Duarte. Alguien dijo que la ausencia de pruebas no es prueba de la ausencia, y aunque el Centro Nacional de Inteligencia no había conseguido indicios de que se estuviese fraguando un golpe de Estado contra la República, varios militares se habían entrevistado en privado con el ministro de Defensa, con Maeso e incluso con Duarte, alertándoles de una conspiración para derribar al Gobierno y reemplazarlo por una junta militar. Las adhesiones a este movimiento antirrepublicano habían crecido en los últimos meses, tras los disturbios en las plazas autónomas del norte de África y el anuncio de sendos referendos en Cataluña y Euskadi, para sustituir los actuales estatutos de autonomía por un marco político de cosoberanía, en ejecución de los acuerdos de Olot firmados por el Estado español y representantes de aquellas autonomías.

—Estoy convencido de que algo huele a podrido en el CNI —dijo Maeso—. Nos llegan señales de alerta desde distintos puntos de la geografía, pero nuestros informadores apenas tienen nada relevante sobre lo que se está cociendo.

—Das por sentado que hay una rebelión en ciernes, y que no es un intento de la derecha para amedrentarnos y frenar el proceso de reformas.

—Esa es una visión muy ingenua de la realidad. O de no querer verla, más bien.

—Esta semana hice venir a Zarzuela a Montoro, el capitán general de Andalucía. Fue una reunión de lo más cordial. Me confirmó que los rumores son falsos, aunque admitió que hay descontento en las tropas por los retrasos en el cobro de las nóminas. Me dio su palabra de militar de que él sería el primero en alertarme, y me juró por su honor que él nada tenía que ver en una conspiración contra la República.

—¿Su palabra? ¿Qué vale eso?

—Para un militar, el honor lo es todo. Él es socialista y republicano. No nos traicionaría.

—Luis, hay algo que está por encima del honor en un militar. Parece mentira que lo hayas olvidado.

—¿Y qué es?

—La patria.

—Montoro es leal, lo sé. Creo en la buena fe de la gente y en la palabra dada. Quizá esté chapado a la antigua, pero me educaron así. Y aunque tuviera dudas, ¿qué podría hacer, Julián? Un capitán general no puede ser destituido sin un proceso previo, con intervención de la comunidad autónoma afectada, que está gobernada por la derecha y el partido de Sajardo.

—¿Quién habla de destitución? Puedes suspenderlo cautelarmente; envíale a la inspección militar y en dos días lo habrán empapelado por cualquier tontería burocrática. Ya se ha hecho otras veces. He hablado con el ministro de Defensa y creo que es nuestra mejor opción. —Le acercó una propuesta de decreto para que lo refrendase.

—¿Qué es?

—El cese del actual director del CNI. Lo sustituiremos por el coronel Ismael García, una persona de lealtad probada.

Duarte leyó el papel, escéptico, y observó por el rabillo del ojo a Maeso llevándose un par de canapés a la boca.

—Está bien, si crees que es necesario... —Cogió la pluma y rubricó el decreto—. Pero deja tranquilo a Montoro de momento.

—Los inspectores castrenses ya están de camino a Sevilla. No esperé a consultarte, Luis; mañana puede ser ya tarde.

—¿Entonces, para qué me preguntas?

—Supuse que me darías tu aprobación.

—No voy a desautorizar tus acciones; eres el presidente del Gobierno y a ti te corresponde la decisión, pero preferiría que esos inspectores volvieran a Madrid. No conviene que Montoro se predisponga en nuestra contra; estaríamos dando pábulo a los infundios de la derecha. El repliegue de las últimas unidades de la Legión que quedan en Ceuta y Melilla tiene que ser coordinado con la capitanía



andaluza. Es una operación delicada y Montoro debe colaborar en la retirada de tropas.

—¿No podríamos aplazarla a un momento más conveniente? Los referendos están a la vuelta de la esquina, y esto complicará la situación. Si Marruecos percibe debilidad para mantener el orden dentro de nuestras fronteras, podría crearnos problemas en las islas Canarias.

—Claro. Y luego reclamará Córdoba y Granada en nombre del califato árabe. Esa demagogia es propia de Unidad Nacional, no de ti. El proceso descolonizador ha de llevarse a cabo con coherencia y equidad. Cuando obligamos a los americanos a abandonar las últimas bases que conservaban en España, hubo fiestas y manifestaciones en las calles, y la popularidad de nuestro partido subió por las nubes.

—Lo recuerdo. —Maeso frunció el ceño, intuyendo lo que añadiría Luis.

—Ahora, los marroquíes celebran nuestra retirada. ¿Es eso indigno? ¿Estoy traicionando a España? ¿Soy menos patriota que cuando conseguí que los americanos se marcharan de nuestra tierra? No, Julián, sigo siendo el mismo, porque soy consecuente con mis actos. Ese es el espíritu de la República. Justicia con los pueblos, libertad para las gentes.

—Reserva tus discursos para la prensa, Luis. Esta es una reunión de trabajo, y no tienes que convencerme de nada: me siento tan socialista como tú. Pero los cambios se producen demasiado deprisa y la maquinaria se ha sobrecalentado. Si quieres que tus reformas cuajen, deja que se enfríe el ambiente.

El asistente les informó de que la comida estaba servida. Había transcurrido una hora y no se habían dado cuenta. Maeso sacó media docena de decretos para que Duarte los firmase y seguidamente pasaron al lujoso salón comedor. El presidente del Gobierno se relajó al contemplar los manjares que el cocinero había preparado, y la conversación transcurrió por otros derroteros. Un Maeso con el estómago vacío se mostraba agresivo y malhumorado, pero Duarte sabía dónde estaba su punto débil, y tras un rato degustando las viandas de Ariztegui y bebiendo un carísimo rioja, Maeso se volvió manso como un cordero.

Lástima que los efectos de aquella comida no fueran permanentes, pensó. Maeso era leal y permanecía en el partido, aunque su ideología fuese más próxima a Sajardo, sujeto que antepuso sus intereses personales y causó una fractura en la familia socialista cuyos efectos pagarían durante mucho tiempo. A pesar de sus opiniones, Maeso ejecutaría la política que el partido decidiese. Y lo haría con fidelidad.

Duarte era consciente de que esa política despertaba recelos y temor, pero la resistencia al movimiento es una constante de la física. Sin movimiento no hay transformación, y sin cambios, la sociedad se fosiliza.

Él sería el artífice de esa transformación, el empuje que necesitaba España para convertirse en un Estado moderno y avanzado. Y cuando el proceso de reformas culminase, incluso sus enemigos reconocerían —aunque fuese en privado— que Duarte era un gran estadista, a la altura del momento histórico que le había tocado vivir.

## II

Una vez finalizado el mitin en el palau Sant Jordi de Barcelona, Joana Sirvent consiguió entrevistar al líder de Poble Català, la formación que había aglutinado a la izquierda nacionalista de la comunidad autónoma, constituyéndose en la segunda fuerza política, que había relegado a los socialistas catalanes a un humillante cuarto puesto, con tan solo tres puntos de ventaja sobre Unidad Nacional.

Ricard Font sonrió ante la cámara que sostenía Javier, mientras ella acercaba el micrófono al político y le realizaba las preguntas de rigor. Su partido era la clave de la gobernabilidad de Cataluña, y Font aprovechaba cualquier ocasión para recordarlo y hacer alarde de su poder. Javier no podía aguantar a aquel tipo, su sonrisa histriónica, su gesto desafiante, su altivo desprecio hacia todo lo que oliese a español. Font paladeaba con anticipación una victoria aplastante en el referéndum convocado por la República para dentro de un mes, y había hecho planes para administrar ese triunfo en términos que

comprometiesen al Gobierno de Madrid. Pero al menos, Font era transparente, no se le podía culpar por ser lo que era. Lo que Javier Valero ya no comprendía era cómo el Gobierno de la República había llegado a un pacto con aquel partido separatista.

La cuestión era tema de debate con Joana, militante de Poble Català. Font solía elegirla a ella para realizar sus declaraciones, sabiendo que Joana, lejos de citar frases fuera de contexto o tergiversar su mensaje —como hacían otros periodistas menos proclives a seguirle el juego—, lo enriquecería con detalles de su cosecha. Mientras otros reporteros acreditados tenían que esperar a que Font se dignase a conceder alguna declaración, Joana siempre era atendida de inmediato y con la mayor cortesía, lo cual era mucho decir de un individuo como él. Javier no podía disimular su desagrado ante Font, quien en alguna ocasión había intentado flirtear con Joana incluso delante de él.

Cuando el político catalán abandonó su sonrisa artificial y apartó la mirada de la cámara, Javier se sintió aliviado de poder apagar el foco y dejar de grabar a ese cretino. Media docena de periodistas se arremolinaron a su alrededor, tratando de arañarle unas declaraciones; Font rechazó desdeñosamente a unos cuantos y dedicó al resto unas cuantas frases preparadas de su discurso monocorde sobre el momento histórico de los catalanes y el derecho a decidir su futuro.

—Estarás contenta. —Javier descargó la cámara del hombro.

—Completaré el reportaje con la entrevista que le haré esta noche. Me ha invitado a cenar.

Javier la miró, irritado.

—Era broma —dijo ella, riendo—. Deberías ver la cara que has puesto.

—No sé qué tiene de graciosa esta situación.

—Los celos. Tu primitivo sentido machista de posesión me divierte.

—Si yo fuese tú y ese tiburón me tirase los tejos, ¿te gustaría?

—Hablas como si estuviésemos casados. Nuestra relación siempre ha sido abierta. No creo en la propiedad, de cosas o de personas.

—¿Te acostarías con él si te lo propusiese?

—Ya me lo propuso.

Javier sonrió, creyendo que se trataba de otra broma de Joana. No lo era.  
—¿Y qué hiciste? —dijo él al cabo de un rato, conteniendo la respiración.

—Ricard no es mi tipo: vientre cervecero, le huele el aliento, y tiene la mala costumbre de acercarse demasiado. No me gusta la gente que te salpica con gotitas de saliva cuando habla.

Javier la invitó a tomar café. Mientras esperaban en la mesa, Joana abrió su portátil, traspasó la grabación de la cámara al disco duro, editó un par de secuencias y lo envió todo por correo electrónico a la redacción, para que saliese en el noticiario de la noche. En ese momento llegaron los cafés.

—Eres muy eficiente —dijo él.

—La rapidez es esencial en esta profesión. —Joana sopló sobre su taza humeante.

—Sí, pero en este caso no veo a qué tanta prisa. Ya hemos oído el discurso de Font otras veces. Lo bueno de los políticos nacionalistas es que siempre sabes a qué atenerte. Son previsibles hasta la extenuación.

—Si fueras catalán, como yo, no hablarías así. Ricard es un patriota, un luchador por la defensa de nuestros derechos históricos. Sin duda, será el próximo *president* de la Generalitat.

—¿Por qué no le preguntas sobre los cargamentos de armas?

—No deberías hablar aquí de eso.

—Seguro que a los ciudadanos les interesaría mucho más oír esa información.

—¿Qué sabes?

—Bastante. —Javier puso un gesto enigmático.

—Nuestro periódico no publicará ese reportaje.

—Desde luego. Su principal accionista es una empresa barcelonesa. Pero no me preocupa. Hay un par de periódicos de Madrid que están interesados en mi material.

—¿Tienes algo consistente que ofrecerles, o solo especulaciones?

—He hablado con un estibador del puerto; la fuente es confidencial, como podrás imaginar, pero me ha prometido que me pasará fotografías de los cargamentos. La Generalitat está comprando las armas a un traficante internacional, que las trae de Nápoles.

—Sí que has averiguado cosas.

—Pues no has oído lo mejor: las armas son de procedencia americana. El puerto de origen es Boston y utilizan Nápoles para redistribuirlas por Europa. Algunos equipos son de tecnología avanzada, cuya venta está restringida por el Gobierno americano. Podría pensarse que el cargamento sale de Boston de contrabando, pero no: los papeles están en regla. Las autoridades conocen la salida de esa mercancía y su punto de destino.

—Las armas, suponiendo que estén llegando al puerto de Barcelona, formarán parte de adquisiciones legítimas de la Generalitat para su seguridad interior, en el marco de las futuras competencias que asumirá tras el referéndum.

—¿No estáis yendo demasiado deprisa? Los acuerdos de Olot no mencionan que Cataluña tenga derecho a formar un ejército.

—No es un ejército, Javier; se tratará de material para sus fuerzas de seguridad. Pistolas, municiones, algunos helicópteros, nada que deba alarmar a Madrid.

—Entonces, ¿por qué se mantiene en secreto? En nuestro periódico no se atreven a publicar nada sobre ese tema. Si no tienen de qué esconderse, ¿a qué viene este misterio?

—Buena pregunta, Javier, pero ¿qué te hace pensar que yo tengo la respuesta?

—Sé que la Generalitat te utiliza para contactos oficiosos con Gobiernos extranjeros.

—Alguna vez he aprovechado mis viajes para pulsar la opinión de cancillerías europeas. ¿Es eso malo?

—Depende. Me preocupa que los americanos estén detrás de vuestro proyecto de una Cataluña confederada.

—Estás dando por supuestas muchas cosas, Javier. ¿Tanto crédito le concedes a las palabras de un estibador? Te dirá lo que quieres oír, mientras le sigas pagando.

—Mis fuentes no se reducen a él. Háblame del embajador Bowen.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Me dijeron que la semana pasada te reuniste con él en Madrid.

—Tenía que arreglar un visado. Conozco al embajador y aproveché la visita para saludarle y concertar una entrevista. Me ha hecho un hueco para el próximo lunes.

—Joana, ¿por qué te esfuerzas en disfrazarlo? Bowen ha llegado a algún tipo de trato con la Generalitat. Lo sé.

—¿Y si lo sabes, para qué me lo preguntas?

—Quiero conocer los detalles.

Joana hizo una mueca.

—Carnaza para tu reportaje.

—Preservaré tu anonimato, no citaré tu nombre.

—Claro que no lo citarás, porque no tengo nada que decir al respecto. —La mujer llamó al camarero y pagó la cuenta.

—Iba a invitarte yo.

—Tranquilo, pagarás la cena esta noche.

Un ruido brutal retumbó en la cafetería. Las alarmas comenzaron a sonar y la gente, asustada, corrió hacia la salida.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Javier

—Una explosión. —Joana recogió su equipo—. Parece que viene de la calle.

Las salidas del palau Sant Jordi estaban colapsadas por una marea que huía despavorida. Algunas personas habían caído al suelo, atropelladas por la turba, e intentaban a duras penas quitarse del paso de la multitud. Joana y Javier auxiliaron a algunos infortunados, retirándolos de los pisotones. Una nube de humo penetraba desde la calle y las primeras sirenas de ambulancia se dejaron oír.

Cuando la salida se despejó de gente, pudieron asomarse a la calle para contemplar lo que había ocurrido. Una columna de humo y fuego brotaba de uno de los coches estacionados a la entrada del recinto. El vehículo había quedado destrozado, desperdigando sus restos en un radio de cien metros. Los sanitarios de las ambulancias estaban atendiendo en la acera a los numerosos heridos.

Ricard Font era uno de ellos.

Su vehículo blindado había sido el objetivo de la bomba. La explosión había matado a dos de sus escoltas y herido gravemente a un tercero; pero Font, a pesar de llevar el rostro y las ropas ensangrentadas, caminaba por su propio pie. Joana se acercó para interesarse por él.

—Estoy bien —agradeció el político—. Por vuestra seguridad, marchaos de aquí. Los que han puesto la bomba en mi coche podrían estar cerca.

—Razón de más para que vengas con nosotros —se ofreció Joana—. Te sacaremos de aquí. Tengo el vehículo en el aparcamiento del palau.

—No puedo irme ahora, mis... —Font miró desolado los cuerpos de los dos escoltas que los sanitarios subían a la ambulancia—. Joder, asesinos hijos de puta...

—Te llevaré al hospital para que te hagan un reconocimiento. Podrías tener lesiones internas. —Acercándose al oído de Ricard, de forma que los sanitarios no pudieran escuchar, le susurró—: Esta gentuza tiene colaboradores en todas partes.

La advertencia de Joana acabó venciendo las reticencias de Ricard. Un enfermero trató de bloquearles el paso, para que entrase en la ambulancia, pero el político se zafó de él e insistió en que concentrasen sus esfuerzos en los heridos graves. Habló unos segundos con el escolta que había sobrevivido y luego acompañó a la pareja de periodistas al coche. Javier se sentó al volante, y Joana y Ricard ocuparon los asientos traseros.

—Han sido los de España Libre —decía Ricard, frotándose dolorido el brazo derecho—. Estoy seguro.

—¿Habías recibido amenazas?

—Sí. Llevo escolta por ese motivo desde hace un año. Mis hombres revisan los bajos del vehículo cada vez que salimos. Debieron colocar la bomba mientras estábamos dentro del palau.

—Quizá las cámaras de seguridad del exterior hayan captado algo.

—Son profesionales. No cometerían un error así.

—¿Adónde le llevo? —preguntó Javier.

—Al hospital más cercano —dijo Joana—. Tienes el hombro herido, Ricard.

—No es nada. —Pero cuando trató de mover el brazo, sintió una punzada de dolor.

Su teléfono móvil comenzó a sonar. La noticia ya había llegado a la prensa, y sus familiares y amigos trataban de ponerse en contacto con él. Javier enfiló la Gran Vía de les Corts Catalanes y a doscientos metros localizó un pequeño hospital. Tenía prisa por perder a aquel pasajero de vista, y si, como decía, alguien lo estaba buscando, no era aconsejable estar cerca de él en aquellos momentos.

Joana insistió en aguardar en la sala de espera el resultado de las pruebas. Ricard había informado a un compañero del lugar en que se hallaba, y al rato apareció un grupo de hombres que se identificó como personal de seguridad del partido, y se hizo cargo de la vigilancia de Font. Una vez Joana se cercioró de que el político solo había sufrido una pequeña fisura en el hueso, se quedó tranquila y accedió a irse.

De regreso al vehículo, la periodista no perdió el tiempo y redactó una nota de prensa en su ordenador portátil, incluyendo varias fotografías que había sacado del lugar de los hechos sin que Javier se hubiera percatado. Entre las instantáneas figuraba un primer plano de Ricard, ensangrentado, arrodillado junto al cadáver de un escolta.

—Eres buena —dijo Javier.

—No hay que perder la calma en momentos como este. —Joana abrió el programa de correo electrónico y le dio al botón de enviar—. Este es el segundo atentado de España Libre en lo que va de mes.

—No des por supuesto que han sido ellos.

—¿Y quién si no? Estoy segura de que los fascistas de Unidad Nacional se hallan detrás de ese grupo terrorista.

—No me gusta que emplees esos apelativos con un partido cuyo único «pecado» es defender la integridad del territorio español.

—A costa de pisotear nuestros derechos históricos.

—Ricard es un agitador; no digo que se lo tenga merecido, pero...

—Javier, si quieres conservar nuestra amistad, mejor que no completes esa frase.

El hombre calló. No comprendía qué podía haber visto su compañera en Font que le agradase; de todos modos, aquel tipo tampoco se lo merecía. Aunque lo sentía más por los dos escoltas muertos, y por las docenas de heridos que habían sufrido las consecuencias de aquella carnicería. Font, incólume, se sacudía el polvo del traje y salía de una pieza, mientras la tragedia se desataba a su alrededor. Algo oscuro protegía a las personas como él. O tal vez fueran figuraciones suyas.

Una cosa sí estaba clara: Joana había admitido en la cafetería que tenía amistad con el embajador americano. Y eso a Javier le preocupaba más que la suerte que corriese Font, o quién estaba detrás del atentado. Las actividades de Bowen guardaban relación con los



envíos de armas que llegaban regularmente al puerto de Barcelona, descargadas bajo estrictas medidas de seguridad. Si EE. UU. estaba ayudando a la Generalitat para formar un ejército paralelo, al margen de la República, las consecuencias podrían ser muy graves. Joana le había intentado convencer para que abandonase aquella investigación, pero Javier comenzaba a temer que su compañera tuviese motivos inconfesables para querer disuadirle.

Javier iba a esforzarse en averiguar esos motivos, y descubrir cuáles eran los planes de Bowen para el futuro de Cataluña.

### III

El general de división Pedro Carmona entró al edificio de la capitanía militar sevillana, empapado en sudor por las altas temperaturas primaverales, que alcanzaron los cuarenta grados la jornada anterior y amenazaban con superar la marca aquella tarde. Agradeció el aire acondicionado del edificio y, mientras esperaba el ascensor que le subiría al despacho de Montoro, dudó si debía comentarle el intento fallido de eliminar a Font. Montoro no aprobaba los atentados como instrumento para crear inestabilidad en el seno de la República, y aquella operación había fracasado, lo que pondría en mal lugar a Carmona si admitía ser su instigador. No entendía cómo aquel canalla separatista se había podido librar: se había puesto suficiente explosivo en el vehículo para desintegrarlo, y el comandante Rodrigo, uno de sus mejores hombres en operaciones especiales, no cometía esos errores. ¿Había salido Font del coche en el último momento, alertado por un escolta? Bueno, por lo menos ya le había demostrado que las amenazas iban en serio, y viviría con miedo el resto de su miserable vida. Que sería breve. Los separatismos habían creado odio y muerte durante décadas en España. Ya iba siendo hora de devolver todo ese dolor a quienes lo generaron. Duarte lamentaría el día que se alió con aquellas alimañas para llevar a cabo la desintegración de la nación española.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta. Carmona salió a un piso enmoquetado, decorado con plantas naturales en el que flotaba un fino aroma a lavanda. El cabo oficinista se cuadró al verle pasar, y le informó que Montoro le estaba esperando.

El edificio de la capitanía respiraba una paz y quietud que no guardaba consonancia con los acontecimientos que se fraguaban en su interior. Carmona llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante.

El amplio escritorio de Montoro estaba atestado de papeles. El capitán general de Andalucía era un desastre con los asuntos burocráticos, y los expedientes solían extraviarse en su despacho durante meses hasta que alguien se decidía a rescatarlos de las profundidades de alguna pila amarillenta. Montoro detestaba el trabajo administrativo, y aquel desorden era una clara muestra de su ineficacia en ese aspecto.

—Tienes que poner en orden estos papeles —dijo Carmona, tomando asiento antes de que Montoro le ofreciese sentarse—. Me he enterado de que Defensa te ha enviado a un par de chupatintas para poner patas arriba la capitanía.

—Lo sé —bufó Montoro.

—Pero lo que quizá no sepas es que uno de los inspectores es de los nuestros.

—Vaya pandilla de inútiles —rió su interlocutor.

Montoro era un hombre corpulento de cuarenta años, el capitán general más joven de la Tercera República, con una brillante hoja de servicios en misiones de alto riesgo: Palestina, Irak, Afganistán, Kosovo. Era un hombre de acción cuya máxima competencia la demostraba en el campo de batalla, no firmando papeles en un puesto directivo, por bien pagado que estuviese. Pese a todo, Montoro se había hecho de rogar y no despejó sus reticencias acerca del plan hasta hacía unas semanas, tras convencerse de que las intenciones de Duarte para dinamitar España no tenían marcha atrás.

—Las conversaciones con el entorno del Rey están en punto muerto —dijo Carmona—. Creo que deberíamos olvidarnos de él y dejar que Felipe VI continúe en el exilio.

—Sé que él apoya nuestra causa —respondió Montoro—. Sus declaraciones a la prensa internacional demuestran su preocupación por el proceso de descomposición de la nación española.

—Pero es dudoso que apoye un movimiento armado para derrocar a Duarte.

—Hay que lograr una entrevista al máximo nivel. Viajarás a Roma esta semana para hablar con el monarca. No tendrá poderes ejecutivos en el nuevo Estado, pero su figura es símbolo de unión y estabilidad entre los españoles. La República solo nos ha traído desgracias.

—¿Y qué le diré cuando me pregunte quién ocupará la presidencia del Gobierno? Porque no está claro que Sajardo acepte.

—Aceptaré. Sajardo es un hombre honesto y coherente con sus ideas; uno de los pocos socialistas que conozco que ocupó un puesto de responsabilidad en el Gobierno, y que dimitió antes que comulgar con ruedas de molino. Otro en su lugar se habría plegado a Duarte y a los separatistas, para conservar su puesto. Sajardo se enfrentó a sus compañeros de partido y lo hizo con todas las consecuencias. Tiene agallas.

—Pero él no apoya una insurrección militar.

—Los hechos consumados le obligarán a aceptar. Sajardo es un hombre inteligente: sabrá elegir a qué carta quedarse.

—Yo solo sigo viendo a una persona para el puesto: tú. Los políticos ya tuvieron su oportunidad y mira a qué situación hemos llegado.

—No me convertiré en otro Franco. Hago esto como servicio a mi patria, no para alcanzar más poder. Sajardo será el próximo presidente del Gobierno. Si el Rey nos apoya, mejor. Si no, continuaremos sin él. La monarquía no es imprescindible.

—Está bien. —Carmona cambió de tema—: Tengo nueva información sobre los cargamentos de armas que llegan a Barcelona. El traficante se llama Rubén Larrosa. Compra las armas a los americanos y las revende en Europa. Larrosa es catalán y militante de la izquierda nacionalista.

—¿Has confirmado la conexión con los Estados Unidos?

—La información es bastante fiable. Las autoridades americanas parecen estar al tanto del destino de las armas.

—Eso es muy grave. El embajador Bowen debe darnos una explicación de inmediato.

—Bowen no está ahora en Madrid. Ha vuelto a Washington hace un par de días, supongo que para recibir instrucciones directas de su Gobierno.

—En cuanto regrese a España, quiero verlo. Esa reunión tiene la máxima prioridad.

Carmona asintió, frunciendo los labios. No le gustaba que Montoro le tratase como a un subalterno que le llevaba la agenda. Para eso ya tenía al cabo que aguardaba a la entrada del despacho.

—Se ha confirmado la presencia de Duarte en el debate del Congreso de la próxima semana —dijo Carmona—. Lo hará oficial en una nota de prensa dentro de un par de días, pero nuestro contacto en Moncloa ya nos lo ha adelantado.

—No suele asomar Duarte por el Congreso, como no sea para abrir la legislatura —dijo Montoro, frotándose reflexivamente la barbilla.

—Quiere defender personalmente ante la Cámara su proyecto de Estado federal asimétrico.

—¿Y por qué no le deja esa tarea a Maeso?

Carmona se encogió de hombros.

—Bien, eso facilita las cosas —dijo Montoro—. Tendremos al Gobierno en pleno y al presidente de la República en el Parlamento. Necesitaremos una operación rápida y limpia, y el apoyo de las principales unidades militares de Madrid.

—Los mandos de la base de El Goloso han confirmado que están con nosotros. La brigada paracaidista no se decanta. Esperará al último momento.

—¿Y el batallón de helicópteros de ataque?

—Colmenar Viejo no se ha pronunciado aún. También se mantiene a la expectativa.

—¿Alguna novedad en el norte?

—La situación es dudosa. Contamos en principio con Castilla-León, pero Asturias vacila. Con Cataluña y el País Vasco no podemos hacer planes, y el apoyo de Navarra será una incógnita: se sumarán a nosotros cuando lo vean claro, pero no antes.

—¿Y Aragón?

—La situación está dividida. En cambio, Valencia se decanta mayoritariamente de nuestro lado. Creo que la intervención de Duarte en el Congreso y la retirada de tropas de Ceuta y Melilla será clave para convencer a los indecisos.

—La toma del Congreso es nuestra principal baza para el control de las capitanías. Sin Gobierno, la República caerá. El control de los medios de comunicación será crucial para que la operación triunfe. Habrá toque de queda en Madrid y patrullas de blindados recorriendo las principales arterias de la ciudad. Instauraremos el estado de excepción al día siguiente en el resto del Estado. No quiero chapuzas, Carmona. Hay demasiado en juego.

—Soy consciente de ello.

—Eso espero. Esta situación no es comparable al golpe de 1981. Yo jamás habría apoyado a esos fascistas. Franco sembró el país de dolor y odio; ahora, España es una democracia consolidada, y lo seguirá siendo después de nuestra intervención, pero no permitiré que deje de existir como nación por culpa de un grupo de traidores que pretenden vendernos a los separatistas.

El general de división pestañeó. ¿Qué trataba Montoro de demostrarle con aquellas palabras? La operación tenaza para apoderarse del Congreso era obra de Carmona, quien llevaba sumando desde hacía un año apoyos de signo muy distinto. Montoro solo se había sumado al plan en la última fase, para liderarlo y recoger los triunfos. No le habrían dado la jefatura si hubieran tenido mejores opciones, pero Montoro era necesario para que la República cayese de forma rápida e indolora: su militancia de izquierdas persuadiría a los indecisos, convenciéndoles de que aquella operación no perseguía instaurar una dictadura militar en España, sino derrocar a un Gobierno ilegítimo y reconducir la situación a los cauces de la legalidad. La derecha y la izquierda moderada por fin juntas contra Duarte y los enemigos de España. Carmona no lo habría conseguido sin la ayuda del capitán general.

Y sin la de Duarte, por supuesto. Su torpeza en el ejercicio del poder, su forma despótica de gobernar, creando divisiones en su propio partido, forzando reformas constitucionales y sembrando la discordia entre los españoles, había llevado a la nación a un callejón sin salida.

La caída de Duarte y sus esbirros era el objetivo que le unía a Montoro, pero ahí acababan los puntos en común. La visión de Carmona de lo que debía hacerse el día después era radicalmente distinta a la del sector que abanderaba Montoro. Carmona estaba convencido de que, si se devolvía el poder a los civiles, volverían los separatismos y el rencor entre españoles. Eso tenía que cambiar. La división federal del Estado español era un error, aumentaba la desigualdad entre las regiones y generaba tensiones económicas insostenibles. Era preciso empezar de nuevo, y para ello habría que dejar de un lado el parlamentarismo caduco heredado de la transición, y sustituirlo por una nación de nuevo cuño, libre y unitaria, con un mando unificado capaz de solucionar eficazmente los problemas de los ciudadanos. Montoro acabaría aceptando eso, porque deseaba lo mejor para España, y en aquellos momentos, lo mejor era librarse de los políticos una buena temporada.

Tras finalizar la reunión y quedarse a solas, Montoro contempló pensativo la puerta que había cruzado Carmona, preguntándose si aquella alianza contra natura entre la derecha y la izquierda llegaría a buen puerto. Los elementos extremistas de Unidad Nacional, el bloque que agrupaba a los partidos conservadores, querían eliminar la Constitución para siempre; la misma clase de individuos que quiso dar vuelta atrás al reloj en 1981, destruyendo la incipiente democracia española; y eso que en aquella época no había motivos que justificasen el golpe, como no fuese el temor de los reaccionarios al cambio. La historia había demostrado que los golpistas se equivocaron, y que la situación no era ni mucho menos tan grave como ellos creían.

Montoro dudaba si no estaría cometiendo el mismo error que aquellas personas que, interpretando que la patria estaba en peligro, intentaron derrocar a un Gobierno democrático. Aún podía desmarcarse de la operación y alertar al Ministerio de Defensa. Sin la capitánía andaluza, el asalto al Congreso ni siquiera tendría lugar. Su apoyo era clave para el éxito; colegas suyos que se habían sumado en la última semana darían marcha atrás, si veían que él se lo pensaba dos veces.

No obstante, si se cruzaba de brazos y dejaba a Duarte continuar con su plan de reformas, el fin de España tal como la conocía era

cuestión de un año, dos a lo sumo. Algunos elementos de la izquierda radical encaramados al poder decían que España no era una entidad santificada e inmutable, sino una división administrativa que cambiaba con el flujo de los tiempos. Se suponía que el socialismo garantizaba la libertad e igualdad de las personas, con independencia de su lugar de origen, condición social o grupo sanguíneo. Sin embargo, los políticos más recalcitrantes del nacionalismo vasco hablaban del Rh diferencial y de una supuesta raza distinta al resto de españoles, y exigían un trato de privilegio. Duarte no había hecho sino ceder a sus demandas desde que llegó al poder.

El núcleo de empresas españolas se concentraba en Cataluña y Euskadi; la renta per cápita en esas comunidades autónomas era muy superior a las del sur y la crisis económica había agravado aún más las diferencias. Andalucía se había empobrecido con el advenimiento de la República: los impuestos se recaudaban y gastaban en el lugar de origen, y el poder redistributivo de la riqueza del Estado era ridículo. Sin solidaridad interterritorial, los pobres se hacían más pobres, y los ricos, más ricos. Ese no era el ideal socialista, era capitalismo descarnado, el liberalismo que sustituía al Estado por las empresas, dejando que estas dictasen las normas.

El sur español vivía una de las peores crisis que se recordaban: los funcionarios autonómicos llevaban tres meses sin cobrar, las protestas de los trabajadores del campo eran constantes, los cortes de tráfico por despidos y cierres patronales eran tan cotidianos que se habían integrado en el paisaje urbano. Y en medio de aquel caos, ¿qué hacía Duarte? ¿Se preocupaba de ayudar a las regiones del sur? No, convocaba referendos en Cataluña y el País Vasco para que eligiesen si querían un régimen confederal, que convertiría al Gobierno de Madrid en mera figura retórica para ellas. Si a Andalucía ya llegaba poco dinero de las arcas del Banco de España, cuando el Estado asimétrico de Duarte viese la luz, las aportaciones económicas se cortarían en seco.

¿Podía quedarse sin hacer nada, y contemplar pasivamente la agonía de su tierra? ¿De qué le servía su ideología si con ella no podía ayudar a la gente? La Constitución reconocía al Ejército su papel de garante de la integridad territorial. Duarte quería subvertir la orga-

nización del Estado por una puerta trasera. Su actuación no era legítima. Era el presidente de la República quien se ponía fuera de la ley cediendo a las presiones de los separatistas y regalando Ceuta y Melilla a Marruecos. Su mandato como jefe del Estado no le confería ese poder. Y no tenía intención de dar marcha atrás.

Montoro tampoco.



Manuel Sajardo entró a la cafetería Portales, cerca del madrileño estadio Santiago Bernabéu, y se sentó en uno de los reservados, a esperar. Maeso, cauteloso en extremo, jamás le invitaba al palacio de la Moncloa, para evitar suspicacias entre sus compañeros. El ala dura del Partido Socialista, encabezada por Ledesma, seguía sin aceptar a Maeso como presidente del Gobierno y le creaba dificultades constantes, confiando que tirara la toalla un día de estos. Pero Maeso no era de esa clase de gente. Sabía aguantar bien las presiones y era la persona ideal para el cargo. Esa era una de las pocas decisiones en que Sajardo estaba de acuerdo con Duarte, su antiguo camarada de partido.

El actual gobierno bicéfalo del Partido Socialista perjudicaba a su gestión; restaba protagonismo a Duarte y concedía demasiada importancia a quien no debía tenerla en la gestión del Gobierno. Ledesma no se conformaba con su papel de secretario general; también influía en el nombramiento y cese de los ministros, y en la política del Estado. En principio, la cogestión evitaba el enfrentamiento entre los que apoyaban a Duarte y los simpatizantes de Ledesma, pero a la postre, solo había servido para fracturar el partido. Ni Ledesma ni Duarte toleraban la discrepancia, sus directrices eran ley para el resto, y todo aquel que se atreviese a opinar de modo diferente era un enemigo del partido y un colaborador de la derecha.

Sajardo carecía de la capacidad de aguante de Maeso, y antes de permitir que la gente de Ledesma amordazase a los discordantes, condenándoles al ostracismo, abandonó el partido y fundó Renovación Socialista, que sostenía los valores fundamentales de un ideario que Duarte y Ledesma habían prostituido, cediendo a las presiones de la burguesía catalana y vasca para mantenerse en el poder. Habían retorcido la Constitución para convertirla en una especie de ley a la carta, en la que las regiones más ricas decidían cuánto estaban dispuestas a pagar a la República y en qué medida deseaban compartir el poder con aquella.

Él no se afilió al Partido Socialista para asistir pasivamente a la destrucción del país por las oligarquías. Los andaluces, los castellano-manchegos, los extremeños, los pueblos deprimidos de España veían como la República les daba la espalda y concentraba su atención en aquellos que nunca tenían bastante y siempre reclamaban más. Él no rubricaría el acta de defunción de España, y desde Renovación Socialista, haría todo lo posible para que la voz de los ciudadanos abandonados por el Estado se hiciese oír en las Cortes.

Dos guardaespaldas de Maeso entraron en la cafetería e inspeccionaron el local, tomando posiciones junto a la barra. Seguidamente entró el presidente del Gobierno, con el rostro congestionado por el calor.

—Gracias por venir a la cita —agradeció Maeso, tomando asiento—. Y por tu puntualidad.

—Sería una falta de respeto hacer esperar al presidente del Gobierno —dijo Sajardo sonriendo.

Maeso aguardó a que el camarero les trajese los cafés para ir directo al grano:

—Tengo fundadas sospechas de que se prepara un golpe contra la República.

—Bueno, ese es el discurso de la derecha desde hace meses. —Sajardo sonrió, tomando un sorbo de la taza—. Crispar el ambiente y asustar a la población. Lo ha hecho siempre, y lo seguirá haciendo. Los dirigentes de Unidad Nacional son neofranquistas que...

—Sajardo, sé de qué estoy hablando. El peligro de golpe es real.

—¿Has informado ya a Duarte?

—Sí. Se niega a creerlo.

—¿Con qué apoyo cuentan los conspiradores?

—No lo sé: tienen agentes en nuestro servicio de inteligencia que nos ocultan sus planes. Acabamos de relevar a su director por ese motivo.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

—Van a ponerse en contacto contigo, si es que no lo han hecho ya, para proponerte un trato. Quieren que participes en un gobierno de concentración que sustituirá a mi gabinete, en el caso de que el golpe triunfe.

—¿Por qué han pensado precisamente en mí?

—No lo sé; creí que tú podrías decírmelo.

—Julián, te juro que no sé de qué me estás hablando.

—Alguien sigue con mucha atención tus intervenciones en los medios de comunicación. Eres un político con gran poder de convicción; hablas claro y conectas con el pueblo. Esa es una virtud que ni Duarte ni Ledesma tienen.

—Eso es cierto —asintió Sajardo, con orgullo—. Duarte podría pasarse una hora hablando, y al final no sacaríamos nada en claro. Utiliza la verborrea para encubrir sus intenciones.

—Manolo, la fundación de tu partido nos ha hecho mucho daño. Necesitamos que la familia socialista vuelva a estar unida para poner coto a los fascistas. Nuestra debilidad será su fuerza.

—¿Insinúas que yo soy el responsable de que la derecha planea un golpe?

—No, lo que quería decir...

—Porque si hemos llegado a esta situación es por culpa de Duarte y Ledesma. Son ellos los que van a dinamitar la Constitución.

—Con vuestra ayuda.

—¿Qué?

—Si te hubieras quedado en el Partido Socialista, podrías haber luchado desde dentro para que la situación cambiase. Ahora, Ledesma ha purgado los cuadros directivos para eliminar cualquier oposición, y su postura se ha radicalizado.

—¿De qué sirve permanecer en un partido que no me escucha?

—Algunos sí queremos escuchar. Duarte conoce mi forma de pensar, y, sin embargo, confió en mí para nombrarme presidente del Gobierno. Eso demuestra que no es tan radical como tú crees.

—Eso no demuestra nada —gruñó Sajardo.

—Quiero pedirte un servicio; no a mí, ni al partido, ni, por supuesto, a Duarte. Es un servicio a la democracia. Las personas de bien, que siempre hemos creído en el Estado de derecho, no debemos consentir que nuestro sistema de libertades sea destruido por la derecha y los militares. La República está por encima de rencillas partidistas; es nuestro proyecto común para convertir España en una sociedad mejor, más justa y próspera.

—Duarte ha olvidado todo eso.

—Te pido que rechaces ponerte del lado de los golpistas. Si te ofrecen un trato, infórmame para que detengamos a los cabecillas.

—¿Me ves capaz de sumarme a una conspiración contra la República?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo estás pensando. ¿Por qué ibas a citarme aquí, si no tuvieses dudas de mis intenciones?

—Está bien, Manolo, las cartas sobre la mesa: sí, tengo dudas. Tu populismo ha dado argumentos a los enemigos del Gobierno. Han cogido tu discurso y lo ondean como bandera para agitar a los trabajadores. Atravesamos una crisis económica heredada de gobiernos anteriores, agravada por la coyuntura internacional. Los enemigos de la República buscan la aniquilación física del adversario para conquistar el poder, utilizando la unidad de España como pretexto.

—¿Pretexto? ¿Y el pacto de Olot? ¿Y los referendos que Duarte ha prometido celebrar en Euskadi y Cataluña?

—España no desaparecerá, te doy mi palabra. Son muchas más cosas las que unen a los españoles que las que nos separan.

—Yo voy también a hablar claro, Julián: dudo mucho que puedas hacer algo al respecto.

—Te equivocas.

—¿Puedes quitar a Ledesma de en medio?

—No.

—Entonces, me temo que tus esfuerzos serán inútiles.

—Comprendo tu poca confianza en los actuales dirigentes del partido, pero no te cité aquí para eso.

—No apoyaré un golpe militar, si es lo que te preocupa.

—¿Me informarás si el contacto se produce?

—Te avisaré.

—Gracias.

Sajardo hizo ademán de levantarse, pero Maeso le detuvo.

—¿Hay algo más?

—Me temo que sí. —Maeso sacudió la cabeza—. Lo que voy a decirte es información confidencial y no puede salir de aquí.

—Tienes mi palabra.

—Ledesma está organizando un grupo paramilitar llamado «Los Guardianes de la República». No sé cuántas personas lo componen ni sus medios.

—¿Unas milicias populares? —Sajardo no reflejó sorpresa, sino solo curiosidad. En realidad, no le sorprendía ya nada que pudiese tramar Ledesma.

—Es algo más siniestro. Actuarían al margen de las fuerzas de seguridad, quizá incluso con apoyos puntuales de aquellas. No olvides que tuve que admitir a Reig como ministro del Interior por las presiones de Ledesma.

—¿Y?

—El secretario general quiere verte muerto. Te considera un traidor, un colaborador de la derecha y un enemigo de la República. Tu vida corre peligro. Te aconsejo que salgas de Madrid.

—¿Que me vaya? —Sajardo perdió el control—. ¿Por qué tengo que irme yo? ¡Que se vaya ese cabrón! ¡No pienso darle ese placer!

—Cálmate, por favor.

—Primero me hizo la vida imposible para que abandonara el Partido Socialista, y ahora quiere que me quite de en medio.

—Te quitará de en medio, Manolo; de un modo u otro, encontrará la forma.

—No pienso irme. Tú eres el presidente del Gobierno: a ti te corresponde garantizar el Estado de derecho. Arresta a Ledesma, antes de que sus sicarios actúen.

—Aún no tengo pruebas.

—Y cuando las tengas, será demasiado tarde.

—En eso consiste el Estado de derecho. No podemos detener a nadie arbitrariamente.

—Cesa a Reig. Eso sí puedes hacerlo. ¿O acaso no te atreves?

—Verás, la situación en el partido es muy complicada y...

—No te atreves. Suficiente.

—Lamento que lo veas de ese modo.

—Y yo lamento que permitas que Ledesma actúe como un presidente del Gobierno en la sombra. No sé si eres consciente del papel que te han adjudicado, Julián.

—Sin el aparato del partido, las leyes no podrían aprobarse en el Parlamento. Ledesma y Duarte tienen ese control; sin su cooperación, mi labor de gobierno es imposible.

—Y no tienes pensado dimitir.

—Sería la situación más fácil para mí, huir cuando las cosas se ponen difíciles. —Maeso hizo una pausa y lo miró fijamente, para que Sajardo se diese por aludido—. Y están muy difíciles, te lo aseguro. Pero si lo hiciese, dejaría el camino libre al ala dura del partido, y en las actuales circunstancias, ese es un riesgo que no estoy dispuesto a asumir.

—Deja de lanzarme reproches con los ojos, Julián.

—Gracias por acudir a la cita. —Maeso se levantó—. Aguarda unos minutos aquí antes de irte. No conviene que nos vean salir juntos del local.

—¿Ves en qué se ha convertido la República de Duarte? Ya ni siquiera puedes tomar café con un amigo sin sentirte vigilado.

Maeso no respondió y abandonó la cafetería, junto con sus guardaespaldas. El camarero le trajo a Sajardo la cuenta de las dos consumiciones. Le citaba allí, le hacía perder el tiempo y ni siquiera tenía el detalle de pagar.

Reflexionó sobre las advertencias del presidente del Gobierno. ¿Qué quería realmente de él? ¿Advertirle de que podía ser asesinado, o amedrentarle para que saliese de Madrid una temporada? Sajardo era un personaje incómodo para el Gobierno, y tenerle fuera de escena en los momentos en que Duarte y Ledesma necesitaban oxígeno les vendría muy bien a aquellos para recobrarle. Maeso era su amigo, pero a la vez, obedecía órdenes de los enemigos más odiados de Sajardo. ¿Hasta qué punto podía seguir confiando en sus palabras? ¿Primaba más la lealtad al partido, o su amistad con un antiguo camarada?

Sajardo no sabía qué contestar. Como tampoco había podido responder a la oferta que un emisario del general Carmona le realizó aquella mañana, en la que le ofrecía la jefatura de un gobierno de concentración nacional, para poner fin a los desmanes de Duarte.